

# *Primera parte*

## Capítulo 1

Poco antes del atardecer del 16 de junio de 1832, me encontraba caminando por los bulliciosos muelles de Liverpool, Inglaterra, detrás de un hombre llamado Grummage. Éste, socio de mi padre, también era, como él, un caballero. Mi padre le encargó que ultimara los detalles de mi viaje a América. Debía encontrarse conmigo cuando llegara de la escuela en el coche de caballos, y esperar a verme embarcada felizmente en el barco que mi padre previamente había escogido.

El señor Grummage iba vestido con una levita negra y sombrero de copa, que aumentaba su estatura ya de por sí considerable. Su sombría y amarillenta cara no reflejaba ninguna emoción. Su mirada podía haber sido la de un pez muerto.

—Señorita Doyle —dijo mientras descendía del coche procedente de Liverpool.

—Sí, señor. ¿Es usted el señor Grummage?

—Lo soy.

—Encantada de conocerlo —dije, haciendo una reverencia.

—¡Muy bien! —contestó—. Ahora, señorita Doyle, si fuera tan amable de indicarme dónde está su baúl, tengo aquí a un mozo para llevarlo. Después, hágame el favor de seguirme y todo saldrá según lo previsto.

—¿Podría decir adiós a mi acompañante?

—¿Es necesario?

—Ha sido muy amable.

—Dese prisa entonces.

Presa del nerviosismo identifiqué mi baúl, arrojé mis brazos sobre la señora Emerson, mi encantadora compañera de viaje, y le ofrecí una lacrimógena despedida. Después me apresuré detrás del señor Grummage, que ya estaba en marcha. Un mozo de aspecto tosco, situado detrás de nosotros, cargó mi baúl sobre su espalda.

Nuestra pequeña procesión llegó sin problemas al extremo del muelle. Enseguida me emocioné ante la cantidad de barcos que se extendía ante nosotros: mástiles y vergas gruesos como los pelos de un erizo. A cualquier sitio donde mirara veía montañas de extrañas mercancías apiladas. ¡Fardos de seda y tabaco! ¡Cajas de té! ¡Un loro! ¡Un mono! ¡Oh, sí, el olor del mar podía intoxicar a alguien que sólo conocía el olor del césped recién segado y los campos de la escuela Barrington! Además, el bullicio de trabajadores, marineros y mercaderes —todos hombres toscos y fornidos— se sumaba a la exótica escena vespertina. Era un delicioso babel, que, si bien resultaba ligeramente amenazador, no por ello era menos excitante. De hecho, tenía la vaga sensación de que todo aquello estaba allí para mí.

—¡Señor Grummage, señor! —grité por encima del estruendo—. ¿Cómo se llama el barco en el que viajaré?

El señor Grummage se detuvo un instante para mirarme, como sorprendido de verme allí y más aún de que hiciera una pregunta. A continuación sacó un trozo de papel de uno de sus bolsillos. Echándole un vistazo dijo:

—El *Halcón del mar*.

—¿Inglés o americano?

—Americano.

—¿Un barco mercante?

—Sin duda.

—¿Cuántos mástiles?

—No lo sé.

—¿Habrán embarcado ya las otras familias?

—Creo que sí —respondió, exasperado—. Para su información, señorita Doyle, fui informado de que se había aplazado la salida del barco, pero cuando hablé directamente con el capitán, me dijo que debía de haber algún tipo de malentendido. El barco está preparado para zarpar con la primera marea de la mañana. Así que no hay retraso.

Y como queriendo confirmarlo, se giró para continuar caminando. Sin embargo, incapaz de calmar mi exaltada curiosidad, me las arreglé para hacerle una nueva pregunta:

—Señor Grummage, ¿cómo se llama el capitán?

El señor Grummage se detuvo otra vez, frunciendo el ceño de una forma irritante, aunque al mismo tiempo consultó el papel.

—Capitán Jaggery —anunció, y una vez más se dio la vuelta para seguir andando.

—¡Oiga! —exclamó el mozo de repente. Se había acercado y había escuchado por casualidad nuestra conversación. Tanto el señor Grummage como yo le miramos.

—¿Dijo usted el capitán Jaggery? —preguntó el mozo.

—¿Se está usted dirigiendo a mí? —le interrogó el señor Grummage dejando perfectamente claro que, de cualquier forma, el mozo había cometido una grave falta de decoro.

—Sí, lo estaba —dijo el hombre, hablando por encima de mi cabeza—, y estoy preguntando si he oído bien cuando usted ha dicho que se dirigían al barco del capitán Jaggery —dijo el nombre de Jaggery como si fuera algo realmente repugnante.

—Yo no estaba hablando con usted —informó el señor Grummage al hombre.

—Ya, pero de todas formas le escuché —continuó el mozo, y diciendo eso, arrojó mi baúl sobre el muelle con un golpe tan feroz que temí que lo rompiera en dos—. No tengo la intención de dar un paso más hacia nada que tenga que ver con el señor Jaggery. Ni siquiera por el doble de oro. Ni un paso más.

—Mire usted —gritó indignado el señor Grummage—. Usted se comprometió...

—No importa a lo que me comprometí —replicó el hombre—. Prefiero evitar a ese hombre antes que tener su dinero —y sin decir otra palabra se dio la vuelta.

—Alto, le digo, ¡alto! —gritó el señor Grummage.

En vano. El mozo se había ido, y lo hizo con rapidez.

El señor Grummage y yo nos miramos. No sabía qué pensar de aquello. Claramente él tampoco. Aun así hizo lo que tenía que hacer: inspeccionó la zona en busca de un suplente.

—¡Oiga! ¡Usted! —gritó al primero que pasó cerca, un enorme sujeto con un blusón. ¡Aquí tiene un chelín si puede llevar el baúl de esta señorita!

El hombre se paró, miro al señor Grummage, a mí, al baúl.

—¿Eso? —preguntó con desdén.

—Estaré encantada de añadir un segundo chelín —me ofrecí, pensando que la baja oferta era el problema.

—Señorita Doyle —dijo el señor Grummage con enojo—. Déjeme manejar esto.

—Dos chelines —dijo el mozo con rapidez.

—Uno —rebajó el señor Grummage.

—Dos —repitió el mozo y ofreció su mano al señor Grummage, quien le dio una sola moneda. Entonces el hombre se giró y extendió su mano hacia mí.

Precipitadamente comencé a sacar una moneda de mi bolso.

—¡Señorita Doyle! —protestó el señor Grummage.

—Lo he prometido —susurré y dejé caer la moneda en la palma abierta del hombre.

—Tiene razón, señorita —dijo el mozo levantando su sombrero—. Que el mundo entero siga su ejemplo.

Ese elogio a mis principios morales hizo que, sin poder evitarlo, me sonrojara de placer. Mientras, el señor Grummage carraspeó en señal de desaprobación.

—Bueno, entonces —preguntó el mozo—. ¿Dónde necesita esto la señorita?

—¡No es de su incumbencia dónde! —contestó con brusquedad el señor Grummage-. En algún sitio del muelle. Se lo diré cuando lleguemos.

Con el dinero en el bolsillo, el hombre se inclinó sobre mi baúl y se lo cargó al hombro con increíble facilidad, dado su peso y altura, y pidió:

—¡Guíenme!

El señor Grummage, sin perder más tiempo, y quizá por temor a las consecuencias que podría traer más charla, empezó a andar de nuevo.

Después de guiarnos a través de un laberinto de muelles y embarcaderos, se detuvo. Se giró a medias y anunció:

—Aquí está —y señaló un barco amarrado a un embarcadero delante de nosotros.

No había tenido tiempo de mirar hacia donde señalaba, cuando oí un fuerte golpe detrás de mí. Sorprendida, me giré y vi que el hombre, al cual acabábamos de contratar, había echado un vistazo al *Halcón del mar*, abandonado mi baúl apresuradamente y, como el primero, se había ido corriendo sin ni una sola palabra de explicación.

El señor Grummage se limitó a mirar por encima de su hombro al mozo desaparecido repentinamente. Exasperado, dijo:

—Señorita Doyle, ¿me esperará aquí? —y con rápidas zancadas subió por la pasarela y se metió en el *Halcón del mar*, donde desapareció de mi vista.

Permanecí en el sitio, con más ganas que nunca de subir a bordo y conocer a aquellos niños encantadores que serían mis compañeros de viaje. Durante la hora que esperé en el muelle, no pude dejar de mirar fijamente el barco; todo estaba en calma en la decreciente luz del día.

Sería una tontería decir que estaba excesivamente asustada cuando observaba el *Halcón del mar*. No tenía la más remota sospecha de lo que iba a suceder. Nada de eso. No, el *Halcón del mar* era un barco como otros innumerables que había visto antes y vería después. Bueno, quizá era más pequeño y viejo de lo que había previsto, pero nada más. Amarrado al muelle, se mecía suavemente con el oleaje. Su jarcia de amarre, alquitranada para protegerla del mar salado, se elevaba por encima de mí, como una escalera negra a un cielo cada vez más oscuro; de hecho su verga del sobrejuanete parecía perdida en la noche sombría<sup>1</sup>. Sus velas, atadas, es decir, arriadas, parecían fundas de nieve recién caída en majestuosos árboles.

Brevemente, el *Halcón del mar* era lo que se conoce como un bergantín, un barco de dos mástiles, con un esnón detrás del mástil, quizá de setecientas toneladas de peso, treinta y dos metros de popa a proa, treinta y nueve metros de cubierta a la galleta del palo mayor. Había sido

---

<sup>1</sup> Durante mi relato necesitaré utilizar ciertos términos que podrían resultar poco familiares, como jarcia, verga del sobrejuanete o arriar. No los conocía cuando embarqué por primera vez, pero los fui aprendiendo durante mi viaje. Como hoy en día mucha gente no sabrá qué significan, he incluido un dibujo de el *Halcón del mar* en un apéndice al final de este relato. Puede consultarse de vez en cuando para entender mejor a lo que me estoy refiriendo. El dibujo, además, me ahorrará explicaciones innecesarias y acelerará mi narración. Respecto a los horarios en un barco, se podrá encontrar también una explicación completa en el apéndice.



construido quizá a finales del siglo dieciocho o principios del diecinueve. Su casco estaba pintado de negro, sus amuradas de blanco, los dos colores habituales. Sus dos mástiles, ligeramente inclinados hacia atrás, tenían aparejo en cruz. También tenía un bauprés, que salía de su proa como el cuerno de un unicornio.

De hecho, el único elemento original de este barco era una escultura tallada en el mascarón de proa de un blanquecino halcón de mar<sup>2</sup>. Sus alas estaban dobladas hacia la proa, su cabeza extendida hacia delante, su pico completamente abierto, con la lengua sobresaliendo como si gritara. Bajo la sombría luz que retorció y distorsionaba sus rasgos, me sorprendió el hecho de que la figura pareciera más un enfadado y vengativo ángel, que un dócil pájaro.

El muelle estaba desierto y cada vez más oscuro. Me sentí tentada de subir por la pasarela en busca del señor Grummage. Pero, ¡ay de mí!, mis buenos modales se impusieron. Me quedé donde estaba, como en un sueño, pensando en no sé qué.

Pero, poco a poco, como un telescopio que va siendo enfocado, me di cuenta de que había algo colgado de uno de los cabos de amarre de la popa. Me recordaba a un cuadro que había visto una vez de un oso perezoso, un animal que pende bocabajo de las lianas. Aunque, como luego advertí, esto era un hombre. Se estaba izando desde el muelle hasta el *Halcón del mar*. Mientras comprendía lo que estaba viendo, él subió al barco y desapareció.

---

<sup>2</sup> El águila pescadora es también conocida como el halcón del mar.

No había tenido tiempo de asimilar esta visión, cuando escuché voces enfadadas. Me di la vuelta y vi al señor Grummage asomado a la barandilla, enzarzado en una discusión con alguien que no podía distinguir. Mi caballero miró repetidas veces hacia mí y me pareció que gesticulaba en mi dirección como si yo fuera el motivo de una airada conversación.

Finalmente el señor Grummage descendió al muelle. Mientras se acercaba vi que tenía la cara roja, y una mirada furiosa que me alarmó.

—¿Pasa algo? —pregunté en un susurro.

—¡Nada de nada! —respondió con brusquedad—. Todo según lo planeado. La están esperando. El cargamento ha sido embarcado. El capitán está listo para zarpar. Pero... —Se calló, miró hacia al barco, se giró de nuevo hacia mí—. Es sólo que... verá, esas dos familias, éstas con las que iba a viajar, sus acompañantes... no han llegado.

—Pero lo harán —dije, tratando de mantener la compostura.

—Eso no es completamente cierto —admitió el señor Grummage—. El segundo oficial me ha informado que una de las familias ha avisado de que no podrían llegar a Liverpool a tiempo. La otra tiene a una niña muy enferma. Les han recomendado que no se mueva —de nuevo el señor Grummage lanzó una mirada sobre su hombro al *Halcón del mar* como si, de alguna manera, tuviera la culpa de esos infortunios.

Girándose hacia mí, continuó:

—Parece que el capitán Jaggery no aceptará ningún retraso en su salida. Muy correcto. Tiene sus órdenes.

—Pero, señor Grummage, señor —pregunté consternada—. ¿Qué debo hacer?

—¿Hacer?, señorita Doyle, su padre ordenó que usted viajara en este barco y en esta fecha. Tengo órdenes muy específicas, órdenes escritas. No dejó dinero para otro acomodo. Y yo, por mi parte —dijo—, me marcho a Escocia esta noche en un urgente viaje de negocios.

—¡Pero, seguramente —grité, frustrada tanto por la forma en la que el señor Grummage estaba hablando, como por las noticias—, seguramente yo no debería viajar sola!

—Señorita Doyle —me respondió—, embarcar con todo el personal, capitán y tripulación, difícilmente puede ser interpretado como viajar sola.

—¡Pero... pero todos serán hombres, señor Grummage! Y... yo soy una chica. ¡Estaría mal! —grité, con la absoluta convicción de que estaba reproduciendo las palabras de mis amados padres.

El señor Grummage se irguió:

—Señorita Doyle —dijo con suavidad—. En mi mundo, los juicios sobre lo bueno y lo malo se dejan en manos del Creador, no de los niños. Ahora, sea tan amable de subir a bordo del *Halcón del mar*. ¡De una vez!